

Lucano y su *Farsalia*

Rubén BONIFAZ NUÑO

RESUMEN: La *Farsalia* presenta, a partir del momento de la disolución del primer triunvirato, explicada por la muerte de Craso y de Julia, hasta los primeros acontecimientos de la guerra de Alejandría, una pormenorizada narración de hechos históricos. Lo hace, y aquí la manifestación del prodigio de su genio, con la exactitud infalible del lenguaje poético, ya lo emplee en sentido recto, ya se valga de la sobreabundancia del sentido figurado. Su narración ofrece el espejo del enfrentamiento del mundo interior de dos hombres, traducido en acciones intencionales o impuestas por la realidad incombustible.

* * *

ABSTRACT: The *Pharsalia* presents—from the disappearance of the first triumvirate, marked by the death of Crassus and Julia, to the early war of Alexandria—a detailed account of historic deeds. Lucan does it—and this is evidently the prodigy of his genius—with poetic language's infinite exactness, whether it is used in right or figurative meaning. This account mirrors the encounter of the inner world of the two men, whose actions—whether deliberate or imposed by reality—are shown.

PALABRAS CLAVE: bruto, César, epopeya, farsalia, Lucano, Pompeyo.

RECEPCIÓN: 25 de julio de 2003.

ACEPTACIÓN: 18 de agosto de 2003.

Lucano y su *Farsalia*

Rubén BONIFAZ NUÑO

La certidumbre

Todo, en esta obra, está sometido al afán de conseguir el dominio de la certidumbre sobre la duda.

Aquí el impulso juvenil se muestra siempre moderado por la razón. Todo busca aquí su medida; el deseo de poseerlo todo es sometido aquí a los límites fijados por la necesidad de lo verdadero, y, acaso porque Lucano sabe que, de cumplirse, esa deseada posesión habría de ser pasajera en exceso, la combate con una suerte de rabia, porque siente que pudiera oponerse a su pasión por la exactitud racional.

Para poseer efectivamente las cosas, parece juzgar, hay, previamente, que conocerlas; habrá, pues, que conocerlo todo a fin de volverlo en realmente poseíble.

Estamos en un mundo donde cuatro entidades físicas, el fuego, el agua, la tierra, el aire, incesantemente se combinan y se combaten entre sí; mares y continentes, ríos, lagos, montañas y, por encima, vientos, nubes, tormentas, constelaciones, sol y luna, son el producto de tales acciones.

La geografía, la física, la astronomía, serán las herramientas que forzosamente conquistará quien pretenda poseer ese mundo donde estamos.

Y ese mundo está habitado por hombres que, mediante sus movimientos de cuerpo y de alma, irán intentando atribuirle desarrollo y sentido.

Además de conocer la historia, deberá, así, conocer la ciencia de la voluntad y el pensamiento, de los temores, de las pasiones humanas.

Aquí está, pues, Lucano, desesperadamente ambicioso en la miseria de la juventud. Como aspira a apoderarse de la totalidad, ha aprendido a explorarlo todo. Nada hay, ahora, que le sea ignorado.

Ha elegido, además, el instrumento por medio del cual dará espacio a su impulso: la retórica, ese arte de dar a las palabras sonido y significado.

En este punto va a comenzar la obra a que jamás pondrá término. Se inicia aquí el poema acerca de la guerra civil.

La nueva epopeya

Ahora debe disponer la manera de la obra; tarea nada fácil; presentes están Homero y Virgilio; la *Ilíada* y la *Eneida*, ésta, según la autoridad de Propertio, mayor que la *Ilíada*; bien estudiadas y conocidas; posibles de imitar, pero imposibles de superar en su estilo; su imitación, por tanto, le está prohibida, porque se trata, precisamente, de superarlas.

De dos facultades ajenas a ellas dispone, que lo autorizarán a procurarlo: la exactitud, consentida por la amplitud de sus conocimientos científicos, y el exceso, permitido por la libertad literaria que él aumentaría para su época.

Muestra de la primera es su empeño en la definición física y temporal de los lugares donde situará la acción.

Son ejemplos del segundo las heridas recibidas por Esceva en su resistencia.

La comparación de tres aspectos existentes en Lucano y en la poesía anterior a él, hará patente el resultado de su propósito de originalidad.

Me refiero a la acción heroica, los presagios funestos y el modo de la tormenta marina.

Lucano y los anteriores

LA ACCIÓN HEROICA

Con armas desiguales, dos ejércitos se enfrentan en batalla; llega el caso donde los que forman el que en ese momento es inferior, huyen o se retiran; pero no todos; ésa es la circunstancia esperada por el héroe.

En medio del temor y la fuga de sus compañeros, él decide quedarse y resistir. Y lo hace.

La epopeya no puede carecer de ejemplos de ese caso, en el cual se manifiesta la sola conducta humana digna de ser llamada heroica: el hombre, consciente de su propia debilidad, solo y sin amparo, se opone así, por un deber que él mismo se impone, a poderes que sabe incontrastables.

De esa suerte ocurre en la *Ilíada* y en la *Farsalia*. Son el canto XV de aquélla y el libro VI de ésta.

Ha llegado el punto en que Zeus debe cumplir la promesa hecha a Tetis. Heridos, imposibilitados de luchar sus héroes mayores, los aqueos ceden al ataque de los troyanos mandados por Héctor. Solo, el gran Ayante, el único que trabó sus contiendas y venció sin ayuda de los dioses, decide enfrentar aquel ataque.

En la *Farsalia* ocurre la narración de la batalla de Dirraquio.

Vence Pompeyo; superados en número y en ánimo, huyen los de César; uno de ellos ha de resistir: es el primipilo Esceva.

En el relato que de esas acciones hacen ambos poemas, se contienen análogos elementos: hechos de armas, discursos de los personajes. Ese paralelismo de elementos autoriza a intentar una comparación de ambas narraciones, lo cual hará evidentes las diferencias de concepción y hechura de la epopeya en Homero y en Lucano.

Así pues, Ayante es el único de los héroes mayores a quien ha quedado la facultad de combatir; observa a sus compañeros cercanos que se han retirado, y, en su propia soledad, considera el lugar que tomaron, y le desplace; decide, él solo, defender del fuego troyano las naves, ya demasiado próximo, y lo ejecuta.

Y aquí están sus acciones guerreras. Primero, con una larga pértiga de batalla naval, aparta de lejos a los troyanos portadores del incendio; después lo efectuará de cerca, y, con su lanza, postrará a doce de ellos. No está en silencio: mientras pelea, amonesta a los aqueos: su sola protección radica en la que sus mismos brazos sean capaces de otorgarles.

Váyase ahora a Lucano. Por todas partes, los cesarianos intentan escapar del asalto de Pompeyo en Dirraquio; solamente Esceva habrá de resistirlo.

Al ver huir a sus compañeros, les habla; no pretende frenarlos pidiendo la solidaridad de sus brazos; en sus palabras no hay sino desprecio para su cobardía y relámpagos de soberbia para su propio valor; no solicita su ayuda; se les ofrece como espectáculo ejemplar; y así lo toman ellos, y se detienen para presenciarlo.

La descripción de sus hechos de armas es una prolongada hipérbole, poblada incluso de imposibles y absurdos, como aquel de que las lanzas clavadas en su cuerpo lo protegían de nuevas heridas. Todo aquí relumbra con el lujo del exceso.

En otros dos ejemplos es claramente advertible la voluntad de Lucano dirigida a apartarse de las maneras de la poesía previa: cuando se refiere a los fenómenos que presagiaron la guerra civil y en el punto en que describe la tempestad que impidió a César cumplir su designio de atravesar el Adriático.

En ambos casos, lo escrito por él es comparable a lo que acerca de los mismos asuntos escribió Virgilio. En cuanto a los presagios, en el libro I de las *Geórgicas*, a propósito de los que anunciaron la muerte de César; en lo tocante a la tempestad

tad, en el I de la *Eneida*, cuando narra lo relativo a la que, por obra del rencor de Juno, abrumó las naves de Eneas.

En los dos ejemplos, la sobredicha voluntad de Lucano resalta inocultable: se trata de superar, por medio de la consciente exageración, en el número y en las condiciones, lo consumado por el autor precedente.

LOS PRESAGIOS FUNESTOS

Menores, aunque evidentes, aparecen los efectos del estilo de Lucano en el tratamiento de los presagios funestos. Se le advierten claras coincidencias con Virgilio, como la mención de las erupciones del Etna y los sacudimientos de los Alpes, la facultad del habla atribuida a las bestias, los cometas que perturban el cielo, el sudor y el llanto en las imágenes divinas, la presencia de bárbaras armas.

Pero Lucano supera al otro en el número, no siempre en la intensidad, de los acontecimientos evocados, y en su llamado a la presencia de personajes históricos: Mario y Sila, para señalar que tales fenómenos presagian una guerra civil.

LA TORMENTA MARINA

Es en la descripción de la tempestad en el mar, donde en definitiva la manera del poema de Lucano se aleja de la del que lo antecede.

Recuérdese que Virgilio cuenta las condiciones de una tormenta suficiente a deshacer una flota, y Lucano, las de una que fue incapaz de provocar el naufragio de una insignificante navecilla.

Con todo eso, en tanto que Virgilio se ocupa sólo en la iluminación de rasgos esenciales, Lucano se entrega sin rebozo a la desmesura de la hipérbole en lo magno y en lo minúsculo.

Para empezar, su tormenta ejerce los peligros del mundo entero; naturalmente, se describen con profusión rocas y escollos, ascenso de las aguas a los astros, descensos hasta las arenas ínfimas; combates de vientos enfurecidos, constantes y multiplicados accidentes de la nave. Todo precipitado por el exceso. Empero, la cosa no se detiene allí; no basta con que al Adria se hayan mezclado el Jonio y el Egeo; se le añaden los poderes de un mar mayor aún.

Es tanta la discordia de los elementos, que la naturaleza teme caer de nuevo en el caos; es como si el mismo Júpiter revolviere con el tridente de Neptuno las olas de un mar que no admite límites.

Y hay que ir todavía más allá: en la ruina del mundo de los hombres, tiemblan las casas de los dioses, y se abre y sube al aire el mundo de los dioses infernales.

Viene luego, como una suerte de regreso absurdo en su necesidad, el abrupto y no creíble final: entre aguaceros y relámpagos y oleajes, la nave, con sus tripulantes indemnes, es depositada por la misma tormenta en la asperidad de una costa rocosa.

El espacio y el tiempo

Característica del designio de exactitud en Lucano, es el minucioso cuidado puesto en la definición de los lugares donde ocurren los hechos que describe.

La historia, a partir de los antecedentes mitológicos; la geografía, aun en pormenores mínimos, aparecen así de continuo, estableciendo y aclarando.

No me refiero solamente a narraciones mitológicas extensas como la del episodio de Perseo y la Gorgona, o a descripciones detalladas como la de los ríos de Italia o la de los cursos del Nilo, sino a las incesantes que se suceden al tratar de cada episodio relatado.

Lucano y la historia

Lucano enseña a la epopeya a ser vehículo de la exactitud del conocimiento histórico. De esta suerte, su poema, junto con los *Comentarios* de César y el libro de Hircio, es fuente primaria para la investigación de lo ocurrido en aquel período de la vida romana; en ocasiones, como en los casos de la estancia de César en Troya o de la momificación de la cabeza de Pompeyo, hasta donde yo sé, resulta ser la fuente única.

La *Farsalia* presenta, a partir del momento de la disolución del primer triunvirato, explicada por la muerte de Craso y de Julia, hasta los primeros acontecimientos de la guerra de Alejandría, una pormenorizada narración de hechos históricos.

Lo hace, y aquí la manifestación del prodigio de su genio, con la exactitud infalible del lenguaje poético, ya lo emplee en sentido recto, ya se valga de la sobreabundancia del sentido figurado.

Su narración ofrece el espejo del enfrentamiento del mundo interior de dos hombres, traducido en acciones intencionales o impuestas por la realidad incombustible.

Aquí están César y Pompeyo, determinados por el grado de su soberbia; aquél no admite la existencia de un superior; éste, la de un igual; aquí está, desde antes incluso de que se inicien, establecido el destino final de sus hechos; los de César son aprobados por los dioses; los de Pompeyo, por Catón; no hay duda, pues, de cuáles serán los vencedores.

Pero, precisamente porque lo sabe, las simpatías de Lucano estarán, por compasión a veces, de parte de Pompeyo.

Aquel de los dos que conquiste la victoria, se convertirá en amo único del mundo, sometiendo a todos a la servidumbre; así pues, el amor de la libertad obligará a estar de parte del vencido. Y Lucano ama la libertad.

Azar y destino

Al momento de entrar en materia, Lucano, como historiador, mira las cosas que serán objeto de su canto. Las mira cumplidas ya, inalterables, como si hubieran sido determinadas desde el principio mismo de la eternidad.

Se pregunta entonces si así lo habrán sido; si el dios lo habrá dispuesto todo de acuerdo con la ley del destino, de acuerdo con un orden inamovible, o si las cosas se desenvolverán aconteciendo en desorden, sin más guía que los imprevisibles impulsos del azar.

Dos opuestas maneras de la sucesión temporal. Por una parte, la divina determinación intocable; las cosas son así porque no pueden ser de distinto modo; de la otra, el azar que pretende el poder de alterarlo todo.

Y aquí cobra cuerpo pleno una particular concepción del azar. Éste no viene a ser otra cosa que, consentida por el dios, la intervención humana en la existencia natural.

El hombre se considera libre; es decir, capaz de elegir, entre varias, la vía de su propio devenir. Según él, esa libertad es autónoma facultad de alterar el mundo, de dirigirlo arbitrariamente en un sentido deseado; muchos son los hombres, cada uno de ellos con su capacidad de elección; muchos, por consiguiente, los sentidos de los fines que puede proponerse. Los desarrollos de la libre actividad humana, esa mezcla de elecciones y sentidos diversos, constituye, pues, el azar.

Lucano, historiador, está frente a los acontecimientos que definieron la vida de Roma a partir del principio de la guerra entre César y Pompeyo.

Ahora se percata de que la voluntad humana constitutiva del azar, no es general, pero se concentra en especiales individuos que, por sus condiciones personales, son capaces de concentrar en sí la libertad de muchos, dirigiéndola hacia sus propios fines; en caso de que no existiera la determinación

divina, en ausencia del destino, ellos serían los hacedores de la historia. Mira Lucano la vida de Roma en el tiempo que ha escogido como ámbito de su poema; allí están los pueblos, las legiones, el senado, los sacerdotes, las mujeres; los libres intereses que se agrupan y se combaten; todo parece regirlo el azar con su cabal arbitrariedad.

Allí escogerá Lucano, buscando los núcleos de concentración de las libres voluntades, los personajes de su poema; serán unos cuantos: César, por una parte; frente a él, sus opositores: Pompeyo, Catón, Marco Bruto; junto a éstos, dos mujeres: Marcia y Cornelia; aparte, Cleopatra.

Los personajes

CÉSAR

César el cruel, el infame, el precípite, es el rayo ingobernable y destructor. Ama la sangre vertida, el combate y la matanza; a la rendición del enemigo, prefiere la batalla donde le sea dado aniquilarlo; fiado en su fortuna, estima la victoria algo propio y necesario, y nada teme, salvo el no vencer.

Valiente hasta lo ilimitado, arriesga la vida en combate como si nada le fuera; condena las vacilaciones de sus hombres en la lucha, y es capaz de empujar sus brazos para que sus espadas encuentren las entrañas del contrario.

Todo le parece posible y lícito; así, promiscuo, se concede los amores de Cleopatra y a ellos se entrega; así se deja, despreciando las tradiciones romanas, seducir por el lujo y los vicios del Oriente.

Pero en ningún momento deja de ser el ambicioso del dominio total de las cosas, el preferido de los dioses que se lo han reservado; inútil viene a ser así, considera, intentar resistirlo.

Se concede, además, el amor del conocimiento, y de esa suerte consigue de Acoreo los secretos de los cursos del Nilo.

Creador de la servidumbre de Roma, es enemigo natural de Lucano, quien por esa razón inclinará sus preferencias hacia la debilidad de su contrincante.

POMPEYO

Cimentado en la vanidad del recuerdo de su antigua gloria, amurallado por ella, Pompeyo se ha olvidado de ser él mismo, o quizás ha aprendido a serlo.

Joven todavía, cuenta poco más de 50 años, encerrado en la falacia de aquella vanidad, se siente poderoso e invencible, capaz del señorío universal.

Empero, los años de ociosa quietud lo han vuelto en débil del ánimo; ha llegado a ser perezoso y amante de la comodidad y el reposo. Es monógamo por naturaleza; el amor en el matrimonio, aquella justa Venus, le es suficiente para justificar por entero el valor de su propia existencia. Habiendo enviudado de su primera esposa, Julia la hija de César, ahora está casado con Cornelia, la que fue cónyuge del menor de los Crasos.

Sin que él acaso lo perciba, la posesión de Cornelia ha llegado a ser para él más importante que el dominio de Roma; así, sus ojos, que no lloraron por la pérdida de la batalla de Farsalia, rebosan de lágrimas cuando él cree recobrar a Cornelia, al encontrarla en el refugio donde la había dado a guardar.

Pero todo se le ha trastocado; el nunca vencido huye, ahora, derrotado. Pretende salvar la vida; se oculta; querría nunca haber sido grande, para poder pasar, ahora, inadvertido.

Aquel recuerdo de la gloria juvenil, que le conseguía cimientos y murallas, se le ha convertido en carga aborrecible. Asediado por el presente, odia el futuro.

Y aún más: él, que incapaz de admitir un igual, con sus órdenes había determinado la vida y la muerte de muchedumbres humanas, es actualmente instrumento de ajenas debilidades.

Dos fueron los fines en relación con los cuales ordenó su vida: Roma y el amor conyugal.

Despojado de la vanidad del recuerdo de su gloria pasada, parece haberse ya olvidado de ambos.

Porque él, el patriota, el general invicto, sabio del universo de las acciones militares; él, el marido devoto de la mujer elegida, cuando piensa en recobrar el poderío romano, proyecta llamar en su auxilio a los perpetuos enemigos de su patria, a los matadores de los Crasos, a los partos, gozadores de las viciosas costumbres del Oriente.

Lucano pone en boca de Léntulo las palabras que señalan el estado miserable a que Pompeyo está reducido: aparte la vergüenza inadmisibles de su proyecto, Pompeyo ha de reflexionar; poco valdrían los partos, temibles jinetes combatiendo en sus llanuras, llevados a las montuosas tierras de Italia; además, debe también considerar cuál habría de ser el destino de Cornelia sumida en la humillación de las costumbres orientales.

Hasta ese punto de abandono de sí había descendido Pompeyo, el general sin derrota, sapiente absoluto de los recursos militares; el cónyuge amoroso de la mujer escogida.

En ese punto no le queda otra salida que la muerte. Y a la muerte, en Egipto, va a enfrentarse como a plena conciencia. Porque no de otra manera se comprende la ostentosa torpeza con que se entregó a las estúpidas, por evidentes, insidias de sus asesinos.

Ésa es la imagen de Pompeyo construida por Lucano. Por lo común, alguna vez lo llama trépido y dudoso, no emplea adjetivos para calificarlo; pero, también por lo común, no lo designa por su nombre sino por su sobrenombre, un adjetivo: Magno.

CATÓN

Dos personajes más son principales en el poema: Catón y Bruto

Catón, sustento y paradigma de las virtudes que engrandecieron a la antigua república: la sobriedad, el desinterés personal, el desprecio de las riquezas, la veracidad, el amor a la patria, el culto a la ley, el valor, la resistencia interior y exterior, el desprecio al dolor. Ésas fueron sus virtudes; son, a lo menos, las que Lucano le atribuye.

Constante enemigo de César, a quien, discutiendo en público, llamó borracho, al devolverle un recado escrito por Servilia, su propia hermana; a quien derrotó, imponiendo su decisión de dar muerte a los cómplices de Catilina; a quien tanto irritó, que lo llevó a ocuparse en escribir aquel *Anticatón*, perdido, para nosotros, en el camino de los siglos.

También, en ocasiones, se opuso a Pompeyo, quien lo venció pervirtiendo el empleo de las leyes.

Lucano lo llama el santo, el duro Catón; es, según él, el único de los hombres que merece ser tenido como padre de la patria, y se aplica al esfuerzo de enaltecerlo, presentándolo en sus palabras y en sus acciones.

Nos lo hace conocer por su lección al joven Bruto, lección en la cual expone la grave situación de Roma, el peligro en que ésta se halla de perderse en servidumbre perpetua, y la decisión que él se ha hecho, frente al conflicto entre César y Pompeyo, de ponerse de parte de este último; piensa que, en el caso de que Pompeyo venciera, si éste pretendiera constituirse como señor del mundo, él, Catón, estaría allí para impedir que lo consiguiera. Así, mediante la reflexión ante sus palabras, nos lo muestra Lucano.

A fin de revelarlo en la magnitud suprema de sus acciones, Lucano recurre a la evocación de su retirada por entre la pesadilla de las arenas y la sed y las serpientes y el arder del desierto de Libia.

Ser dueño de la gloria de esa empresa, afirma el poeta, le sería preferible al hecho de disfrutar los triunfos juveniles de Pompeyo Magno.

En retirada tal resplandecen como inigualables las virtudes del personaje. A mitad de aquel infierno de flamas y venenos,

para él no cuentan el dolor ni la sed ni el cansancio; es el primero en afrontar el peligro de beber en una fuente que se teme emponzoñada; es el último en hacerlo del agua cuya escasez la vuelva más y más ansiable. Catón es el último en el descanso, el primero en el velar y el resistir; marcha ante todos, nadie se expone antes que él.

La batalla de Farsalia, crimen de los dioses, se ha perdido; ha muerto Pompeyo; César se aproxima a la dominación universal. Alguien, Bruto, se le opondrá todavía, último reducto de lo que fue la república.

BRUTO

Marco Bruto, aquel que por su traza fina y biliosa le parecía a Julio César naturalmente señalado para conspirador, decía sentirse descendiente de Lucio Bruto, el destructor de los Tarquinos; así, por su nacimiento mismo, debía juzgarse destinado a poner término a una tiranía.

Muy a propósito a tales juicios y sentimientos era su época.

Fue sobrino del Catón que habría de ser de Útica, e hijo de Servilia, la hermana de éste y querida de César.

Su padre fue asesinado a traición por disposiciones de Pompeyo; acaso el odio que este hecho tuvo que suscitar en él, lo hizo pensar alguna vez que en la muerte de éste se hallaba el cumplimiento de su destino. Empero, al establecerse el conflicto definitivo entre Pompeyo y César, parece haberse olvidado de la deuda que con él tenía el primero, pues a conciencia tomó, desde el principio, su partido en contra del segundo.

Posiblemente a causa de sus sentimientos hacia Servilia su madre, César manifestaba tiernos afectos por Bruto, a quien favoreció de continuo.

Pienso que no resultará difícil interpretar lo que tales afectos llegarían a significar para el joven sobrino del terrible aristócrata.

Catón, ya se ha dicho, fue encarnizadamente el perpetuo enemigo de César; la cercanía de su parentesco con Bruto autoriza a suponer la facilidad con que le contagió los venenos de dicha enemistad, así como la vergüenza que le provocaban las públicas relaciones carnales de César y Servilia.

De esta suerte, odiando a César políticamente, condenándolo de manera íntima a causa de la vergüenza que lo hacía sentir por su madre, Bruto no podía en modo alguno agradecer ni apreciar las muestras de su benevolencia.

Las ofensas presentes que de César estaba sufriendo, lo hicieron, pues, olvidar las antiguas recibidas de Pompeyo.

Para Lucano, Bruto, más que un ser humano, es el futuro de una acción; como hombre lo hace ver una sola vez, cuando acude a su tío en busca de la ratificación de su juicio a favor del Magno; el resto de las ocasiones es sólo el sujeto de una grande acción futura de justicia o de venganza. Poco importa en tanto lo que él haga o lo que pueda ocurrirle; lo único realmente importante es que, a su hora, pueda hundir el puñal en el pecho de César.

LAS MUJERES

Cabal contraste componen entre sí los personajes femeninos del poema; por una parte, la pura fuerza dispuesta al sacrificio, ignorante de la existencia del placer, olvidada de cualquier motivo de adorno, Marcia la santa, en acabando de enviudar de Hortensio, vestida todavía de sus cenizas, regresa a Catón, su primer marido.

Se le ofrece otra vez como esposa, ahora, terminada toda posibilidad de alegre ventura, para compartir ya sólo trabajos y cuidados. Él se le une en una ceremonia matrimonial que es sólo ritos austeros.

Aquí concluye en el poema la presencia expresa de Marcia. Así, es de suponerse que, en ausencia, Marcia no pudo serle a

Catón de apoyo y reposo durante sus siguientes afanes, su marcha por el desierto, aun en su monstruoso suicidio.

Por la otra, la endeble Cornelia. Hay que observar que santa y endeble son, precisamente, los calificativos que a ambas mujeres les atribuye respectivamente Lucano.

Profundo y certero es el retrato psicológico de Cornelia. Poseída de la pasión amorosa, no ve en Pompeyo otra cosa que el complemento de sus deseos y sus necesidades de complacencia. Poco le importan Roma y las guerras y los conflictos del mundo; a su manera de percibir, poco significan los deberes de Pompeyo para con la patria; esos deberes son únicamente para con ella, para con la preservación y el fomento de sus mutuos placeres.

Llega a ser así, acaso sin dar en la cuenta, una insoportable carga para el que la ama.

Pretendiendo recobrar alguna libertad que lo faculte a enfrentar a César en combate, Pompeyo, trépido ya y dudoso de sí mismo por el amor, ante esa posibilidad, decide, y se lo dice a Cornelia, alejarla, resguardándola en Lesbos.

Tremenda es la respuesta de la amante. No hay en su discurso una sola sílaba que no sea oposición y reproche al designio del hombre; ella es la víctima doliente de una pena que no ha merecido; ella padece, en su inocencia, la injusticia de un abandono que no podrá tolerar.

De este modo, su debilidad pesa entera, irrefutablemente, sobre Pompeyo, disponiéndolo a la derrota.

Previamente a la batalla suprema, la debilidad de Cicerón completará la obra de la de Cornelia. Pompeyo tendrá que ser vencido en Farsalia.

Como de una especie distinta de la de las mujeres romanas, aparece la imagen de la egipcia Cleopatra. Ajenas del todo le son la santidad y la endeblez; es la incestuosa, la seductora, la promiscua; armas son para ella, empleadas con estrategias y tácticas infalibles, las condiciones de la feminidad, con las cuales puede mover muertes e imperios.

Hay una escena en que Lucano la presenta cercada y rebo-sante de un lujo poderoso a conquistar lo mismo los sentidos que el espíritu.

Por entre la suntuosidad de su adorno y la diafanidad de sus velos, percibe e imagina su cuerpo desnudo.

Ciertamente, a su hora, Marco Antonio no tendrá con qué resistirla.

Y al figurarse ese episodio de la vida de César, además del odio y la admiración que él incesantemente le despierta, se revela en Lucano un sentimiento que no llega a diferir en mucho de la envidia.

Lucano y sus dos gladiadores

EL LIBRO V

Éste es uno de los dos libros del poema en que, una al lado de la otra, se manifiestan en sus contrastantes condiciones las imágenes de César y Pompeyo.

En el fulgor de sus fuerzas juveniles, Lucano se niega la admiración por Pompeyo, aquel jefe inútil, elegido sólo por las circunstancias, poblado irremisiblemente por la voluntad de ser derrotado. Si él tuviera que elegir un modelo para su propia vida, ese modelo, sin resquicio de duda, sería César, por otra parte el objeto de su odio mayor, dado que estableció ese imperio que él debe todavía padecer. Pero su admiración por él, a cada paso, llega a superar el odio que no podría tener lugar, de haber César ocupado sus capacidades humanas en el servicio de la república.

Ésta es la situación: en Epiro, César espera el auxilio de las legiones que Antonio detiene en Italia; impaciente por empeñar aquella batalla que él estima querida por los dioses, debida por él a los dioses mismos que lo urgen a terminarla, decide ir en persona a Italia, a fin de traer con él aquellas legiones y disponer ya de su poder de combate.

Para eso tiene que atravesar el mar; aquel mar entonces tempestuoso a cuya agitación no se atreve la solidez de las grandes naves integrantes de su flota; él ha de hacerlo sobre la debilidad de una barquilla exigua. Lo intenta porque sabe que ante él han de ceder todos los peligros.

Contra las advertencias del propietario de la barquilla, ha comenzado su travesía.

Surge y crece la tempestad. Ahora los peligros han dejado de cederle, y todos reunidos, se conjuran en su contra.

Él es la garantía única de su propia salvación, y parece no ser bastante. Porque la furia del cielo y del mar, los escollos, las nubes y los vientos gozan de tal incremento, que él percibe la inmediatez de la muerte.

Percibe también la tremenda magnitud de las potencias que amenazan con causársela; se tranquiliza, porque los dioses, por dar al mar la gloria de su muerte, emplean armas dignas de la grandeza de César.

Morirá sin haber acabado sus guerras. No importa. Ingentes hazañas tiene cumplidas. Lo alumbran totales los honores, ha dejado atrás a Pompeyo. Sin tumba ni pira, se cumplirá su destino mientras los pueblos lo teman y lo esperen.

De opuesta manera aparece, en Epiro también, la imagen de Pompeyo. Es el término de la que puede ser la última noche de su amor conyugal. Lucano parece captarlo en ese estado en que, por definición, el hombre es un triste animal. De espaldas a su esposa, se niega a las sensuales cercanías con que ella lo procura. Está llorando. El amor lo ha cambiado a tal extremo que tiembla sólo de pensar en la guerra. Y tiene que pensar en ella, porque conoce que César lo amagará con sus fuerzas enteras.

Del lugar en el cual está, donde así mismo están Roma y el mundo, pretende sacar a la esposa. Todavía no ha principiado la lucha, pero la manera de sus palabras descubre que para él está perdida ya. Él, Pompeyo Magno, el invencible, el que no toleraba que alguien pudiera serle igual, depositará a su

esposa en algún sitio a donde poder huir en el tiempo de su derrota.

Y algo en que meditar: quiere salvar a su esposa de la carga de la presencia íntegra de su muerte, cuando, para esa carga íntegra, parece estarla, precisamente entonces, reservando.

EL LIBRO VII

En este libro se oponen definitivamente las personalidades de César y Pompeyo.

Ha llegado el día decisivo, evitado por éste, buscado por aquél. Ambos saben quién, fatalmente, será dueño de la victoria.

Los dos conocen a fondo el poder de la legión romana, aquella portentosa unidad de combate y de trabajo, capaz lo mismo de vencer a un enemigo superior en número y en fuerza, que de construir un puente o una torre, o de talar un bosque o abrir un camino o levantar una cosecha. Ambos saben que el poder de la legión está de parte de César.

En este libro, tanto uno como el otro pronuncian discursos; dos Pompeyo y uno César; el sentido de aquéllos y éste indica también el resultado de la batalla inmediata.

Pero aquí aparece, con carácter resolutivo, un nuevo personaje: Marco Tulio Cicerón.

En alguna parte, cuenta éste que, en cierta ocasión, Pompeyo le había dicho cómo, sin su obra, él no habría tenido Roma qué gobernar.

Cedan las armas a la toga, era así mismo norma deseada por el sumo orador.

Ahora, en este punto del poema, parece reunirse, en este personaje, el sentido de tales cosas.

Porque Cicerón, fortaleciendo con su facundia una causa inválida, fiado en el número y el brillo de los ejércitos extranjeros que siguen a Pompeyo, convirtiéndose él a sí mismo en

general del general, prácticamente le ordena que empeñe la batalla.

Y es el caso que contra su voluntad, contra su conocimiento de la realidad de las circunstancias, Pompeyo lo obedece.

Tal es el sentido de su primer discurso: no va a la guerra como general sino como soldado, obediente a quienes de él dependen; a quienes, por eso mismo, son más débiles que él.

Queda así definido, por su parte, el destino de la guerra civil.

Aún más sombrío es su segundo discurso; comienza arengando a los suyos, pretendiendo obtener la victoria fiado en los ejércitos de los reyes extranjeros que lucharán por él; pero luego habla directamente a sus legionarios, y les suplica que, combatiendo, lo salven de la vergüenza y de la servidumbre.

Opuesto es el sentido del discurso de César. Para él no hay más alternativa que la victoria. Su discurso radica en el encomio del soldado romano.

Ha de ser implacable en la pelea y piadoso en el vencimiento.

Vida de Lucano

Nieto de Séneca el mayor, sobrino de Séneca el menor, Lucano nació en Córdoba el año 39, murió en Roma el 65. El curso de sus años, pues, coincidió con el de los dos últimos del imperio de Calígula, todos los del de Claudio y los 11 primeros del de Nerón.

Si se relacionan estos primeros 11 con lo que, al respecto de Nerón, se lee en la *Farsalia*, se tendrán motivos lícitos para formular alguna hipótesis de posible verdad.

Resalta la evidencia de un hecho: el cambio de actitud del poeta hacia el emperador, manifestada en el libro I, con la que se muestra en el VII.

En efecto, en el I, al exponer los principios de su poema, Lucano aprueba la guerra civil entre César y Pompeyo, con todo lo criminalmente funesta que le parece, porque abrió la posibilidad del advenimiento de Nerón; en el VII, luego de narrar la batalla de Farsalia y su terminación con el vencimiento de Pompeyo, declara su odio sin orillas hacia César, y explica, sin posibilidad de confusión, las causas que lo crean: César, al constituirse en amo único de Roma, originó la servidumbre futura de sus ciudadanos; Nerón, como su heredero, mantiene la vigencia de servidumbre tal.

Las hipótesis que esclarecerían ese cambio, podrían ser: Nerón, cuando asumió el imperio, tenía 17 años de edad; la de Lucano era de 15. Esa misma juventud, y la consideración del carácter positivo de las acciones iniciales del emperador, pudieron hacerle esperar, después del sombrío desprestigio de las postreras de Claudio, una época de nueva claridad para su patria. La perversión creciente de las acciones imperiales evidenciaría las razones que suprimieron aquella esperanza.

Sabido es que, durante algún tiempo, disfrutó del favor imperial; Nerón lo consintió junto a sí; llegó a otorgarle la cuestura. Pero tal favor se consumió, posiblemente por razones de rivalidad profesional, porque ambos, Lucano y Nerón, eran poetas y se vieron forzados a entrar en conflicto.

Por fin, el cambio de actitud puede revelar la lentitud, la parsimonia de oficio con la cual Lucano produjo su poema; largos y difíciles años pudieron pasar entre la composición del libro I y la del VII.

Lucano nació en Córdoba, pero vivió y fue educado en Roma; de la eficiencia de su educación puede juzgarse por el deslumbramiento de la cultura que fundamenta y decora el poema.

Fue alumno del estoico Cornuto Persio; acaso en sus lecciones adquirió la admiración por Catón de Útica; acaso, por esta admiración a ese estoico, alimentó el deseo de restaurar en Roma el régimen republicano por el cual sostuvo aquél su

vida; tal vez fue por ese motivo que buscó relacionarse con quienes, entonces, alimentaban el mismo deseo.

El caso es que tomó parte en la conspiración que, dirigida por Pisón, miembro de antigua familia republicana, estaba dirigida a la muerte del emperador; y tomó parte en ella no como un soldado cualquiera, sino como su signífero.

Descubierta la conspiración, Nerón le ordenó a Lucano que se suicidara.

Azar y destino

El examen de los hechos de sus personajes en relación con los testimonios de la historia, suprime toda duda a propósito del pensamiento de Lucano en relación con el destino y el azar como determinantes de los acontecimientos.

Él mismo lo deja claramente expuesto cuando, por ejemplo, dice que los dioses no sólo disponen los hechos, sino que los anuncian con crueles presagios a aquellos que han de padecerlos, o cuando afirma que el lugar y la hora de Farsalia estaban fijados por los dioses.

Véase, pues, la acción de los personajes; véase la historia.

El joven Bruto recibe de Catón la orden de aliarse a la causa de Pompeyo; de allí en adelante desaparece como persona humana; ignorándolo él mismo, se convierte en la potencia del acto del futuro asesinato de César; éste, con su camino de victorias infames, construye sin saberlo la ruina que vendrá sobre Roma; por lo demás, cada uno de sus movimientos es un paso que lo acerca al puñal de Bruto, al cual llegará haciendo caso omiso de copiosos avisos y advertencias; Marcia la santa se propone y no logra compartir los trabajos de su esposo; el amor de Cornelia la endeble se convierte en una carga más para los hombros de Pompeyo.

Es abiertamente advertible, de esta suerte, la ausencia en todos ellos de lo que pudiera ser libertad de albedrío;

todos caminan como ciegos empujados por la mano de los dioses.

Pero hay uno que pretende oponérseles, queriendo, efectivamente, cumplir una conducta propia.

César ha cruzado el Rubicón. El terror y la fama se alían para aumentar el prestigio de sus hazañas. Tiemblan el senado y el pueblo de Roma.

Empero, Pompeyo pretende darle combate; se afirma, arenga a sus tropas; no encuentra sino temor y silencio: está solo en su voluntad de resistir. Contrariándola, tiene que escapar.

Ahora está en Farsalia; ha medido sus fuerzas, cuyos límites conoce a la perfección; además, ha concebido el proyecto de acabar, sin sangre, la guerra civil, y en él ha comprometido su libre voluntad. Quienes de él dependen lo fuerzan a presentar combate, a ser vencido.

Algo más: con el designio de evitarle a Cornelia el grave espectáculo de su posible muerte, la deposita en Lesbos. El destino establece que más tarde ha de llevarla a Egipto, donde ella presenciara, de la manera más cruel, ese temido espectáculo.

Se advierte, así, la cabal ineficacia del humano albedrío cuando intenta eludir lo dispuesto por el destino.

Queda el caso de Catón. Su única acción eficiente es la de convertir a Bruto en el puñal que buscará las entrañas de César. Las demás son vacías.

Con todo eso, Lucano afirma que es el único digno de ser llamado padre de la patria. Y si se indaga cuál podría ser esa patria, habrá de concluirse que se trata de una patria que actualmente se diría virtual.

La patria

Esa patria a la cual se refiere Lucano al hablar de Catón, es, sin duda, la Roma republicana, aquella república cuya sapiencia

te manera de gobierno fomentando la grandeza de la Urbe, posibilitó la extensión soberana de sus poderes sobre inmensas regiones del mundo entonces conocido.

En este punto Lucano, como si su ciencia de la geografía y de la historia no le mostraran de sobra que el sistema republicano, tan añorado, no era viable ya para el gobierno del imperio; en este punto, acosado por su afán por conseguir la certidumbre acerca de la naturaleza de las cosas del mundo, parece haberse planteado finalmente su duda acerca de si éstas se encuentran regidas por la voluntad de los dioses o están abandonadas a los impulsos del azar, y para resolverla, haber decidido poner en juego su propia vida.

Porque él, que había estimado que los dioses adoptaron la causa de César sobre la de Pompeyo; que ellos determinaron la suerte de la batalla de Farsalia; que los dioses, en fin, ordenaron así las cosas para que adviniera el imperio de Nerón, consideró posible dar término a ese imperio, y conspiró con Pisón para realizar esa posibilidad.

Por esa patria, a la sazón ya imposible, había, cien años antes, perdido la vida Cicerón; por la misma, después de Tapsos, la había dado Catón en Útica.

Y con todo eso, como si en su afán por conquistar la certeza, hubiera decidido probarse que la voluntad de los dioses podía ser contrariada por el humano albedrío, contra esa voluntad, se aplicó al designio de que Nerón fuera destruido, y se restaurara aquel régimen válido en su nostalgia.

No habrán sido los dioses ni el destino; quizás entonces así lo fijó el azar de la historia. Enterado el emperador de la conspiración pisoniana, ya se dijo, le ordenó a Lucano que se diera a la muerte.

Por su propia mano murió así el excelso poeta dejando, para infortunio de los siglos posteriores, incompleta su magna obra épica e histórica.

La obra

Para nosotros, el poema concluye con César en Alejandría. No hay más; pero en diferentes ocasiones Lucano sugiere cuál es el término que él hubiera podido ponerle.

De sus personajes principales, sólo uno, Pompeyo, ha encontrado su fin; puede suponerse, por expresiones de Lucano, que el poema describiría también el de Catón y el de César; además, sus decisivas menciones de Filipos hacen lógico pensar que el poema terminaba con la muerte de Bruto.

Acaso, pues, la *Farsalia* hubiera finalizado de manera análoga al libro I de las *Geórgicas*: aquello de las dos filas romanas que chocaron con dardos iguales, y, tiempo después, los agricultores que al voltear aquella tierra removían armas enmohecidas y admiraban la magnitud de los huesos allí sembrados.